

MODO AVIÓN

—Envíame una foto, por favor.

Odiaba cuando me llegaba ese mensaje al móvil.

—Lo siento, pero no te voy a enviar nada...

Me sentía muy triste cada vez que leía esas cinco palabras. Me demostraban que no me quería por cómo era, sino solo por mi físico.

—Vale.

Auch. Dolía que no me entendiera. Sabía que después de ese mensaje terminaría cediendo y mandándole la foto.

Un día decidí subir una publicación. Estaba con mis amigas en la plaza del pueblo. Habíamos quedado para tomarnos algo en uno de los bares.

—¿Y esa foto? No me habías dicho que ibas a salir.

—No sabía que tenía que decirte cada cosa que hago...

—Bórrala.

No lo entendía. Era una foto normal y corriente. Me encantaba, habíamos salido genial.

—Vale.

Otra vez volvía a ocurrir. Le hacía caso. Una y otra vez. Hasta que un día se acabó. Me reventó por dentro.

Aquel día quedamos por la tarde. Todo iba genial; no mostraba interés en otra cosa que no fuera hacerme feliz. Hasta que llegó la noche. Fuimos a mi casa. Él se fue al baño y se dejó el móvil en el salón.

Ring. Sonó el móvil. Ring, ring. Y otra vez. Ring. Y otra vez más. Decidí mirar la pantalla sin desbloquearlo. Y ahí, en ese momento, se me cayó el mundo encima. Aparecían mensajes de una chica. No era yo. Ni nadie que conociera. Le decía cosas... cosas bonitas. Cosas que seguramente le hacían sentirse valorado. Lo mismo que yo intentaba cada día, pensando que realmente me quería. Lo entendí todo. No me quería.

Salió del baño y actuó como siempre. Pero cuando se fue, lo bloqueé y puse mi móvil en modo avión. Porque comprendí que, para salir de algo que te ata, lo mejor es volar. Como lo hace un avión. Porque esas manipulaciones, esos celos, me hicieron entender que eso no era amor. Y que cualquiera, incluida yo merece mucho más que eso.